



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

NUESTRAS ESCRITORAS

EMILIA PARDO DE BAZÁN



Lit. de Brabo. Decuplés. 149 Carbon. 7 Madrid.

Es en la novela ahora
una figura importante
la célebre ilustre autora
de *La cuestión palpitante*.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Eh! ¡a la plaza!, por Vital Aza.—Historia de un toro contada por él mismo, por Ricardo de la Vega.—Lacer de estos, por José Estremera.—Dificultades, por Sinesio Delgado.—Espectáculos, por Luis Miranda Borge.—(Fíense ustedes!), por Físcro Vizcaino.—Escepticismo, soneto, por Gumersindo Sánchez.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Emilia Pardo Bazán.—Estilos de poetas.—Un arranque, por Cilla.



Hay que convenir en que la coalición ha realizado dos grandes ventajas: la de enfurecer al Gobierno y la de proporcionarnos honesto regocijo á los que buscamos emociones en la vía pública.

Llevábamos algunos meses de monotonía, interrumpida de vez en cuando por tal cual puñalada y uno que otro suicidio; pero ni había carreras en pelo delante de los guardias de Orden público, ni raptos amorosos, ni naufragios, ni sacudimientos de la madre Naturaleza.

La humanidad tomaba café y se abonaba á los toros. He aquí todo lo que hacía el país, y de esto ya habíamos hablado los cronistas diferentes veces.

Llegaron las elecciones y la cosa cambió de aspecto. Nuestras calles se llenaron de hombres políticos, que conferenciaban en las aceras. Los electores se entusiasmaron hasta el punto de tropezar con los transeuntes, y el clero, con ser clero, acudió á los comicios, guisado en su propia tinta, es decir, envuelto en sus hábitos, para emitir el voto y volverse al catre.

Un capellán de Palacio quiso votar dos veces y fué detenido vigorosamente por un secretario escrutador, que echaba fuego por los ojos.

—¡Alto!—le dijo.—V. ha votado ya.

—¿Y qué? Tengo gusto en votar otra vez. Yo siempre repito.

—Eso no es posible.

—¿Conque es decir que no puedo manifestar mis sentimientos? ¿Tengo yo la culpa de ser impetuoso?

El capellán no llegó á ir á la cárcel. Eso queda reservado para nosotros, los que no usamos teja.

Dijose que habría serenatas con motivo del triunfo de la coalición; pero hasta la hora presente hemos podido salvarnos de las iras hospicianas. La banda del Hospicio continúa silenciosa; de otro modo, ya se hubiera desarrollado aquí cualquier enfermedad epidémica.

Me ha dicho uno que toca el cornetín, que en la primera ocasión oportuna, la banda ejecutará unos *Aires indicos*; yo creo que serán más bien *miasmas* deletéreos.

Las elecciones han producido también desencantos lamentables en varias casas de la corte, porque se esperaba que el Gobierno, agradecido al voto espontáneo de los empleados públicos, acordaría ascenderlos, y resultó que no ha ascendido más que á Bosch y Fustiguera.

La mayor parte de los empleados habían dicho á sus esposas:

—¡Ya verás qué credencial me manda el Ministro en cuanto sepa que he votado á Conejo!

Pero no ha habido ni conejo ni credencial. Es decir, conejo sí ha habido, pero se lo comieron las oposiciones.

La juventud se engalana con los adornos naturales, propios de la estación.

Casi todos los chicos elegantes y que tienen buen ver, asisten á los paseos y teatros con una rosa en el ojal, y las chicas que están enamoradas y no conocen esta imposición de la moda, reconviene á sus amantes diciéndoles:

—Arturo, tú no me amas. ¿Quién ha puesto en tu ojal esa pintada rosa?

Ellos se disculpan como pueden, pero no siempre triunfa la razón, y más de un matrimonio en proyecto ha fracasado por causa de estos atributos primaverales que emplea ahora nuestra juventud.

Noches pasadas hemos tenido ocasión de contemplar á un pollo, color de café con leche, que se había puesto un ramo de lilas en la solapa del gabán. Más que un joven de buen tono, nos pareció un cacharro florido.

Con el tiempo, llegaremos á hermosearnos nosotros los hombres, hasta competir con las ninfas y las hadas.

Un industrial trata de introducir el uso del sombrero con guirnalda entre la juventud elegante, y hay quien, anticipándose á estos inventos de la coquetería masculina, va á salir por ahí con diadema de rosas naturales y lazos en los hombros, como las jardineras francesas.

En cambio, las mujeres brillan por su aspecto varonil.

Algunas gastan cuello alto, corbata estrecha, paletó y chaleco. Suelen llevar en la mano una sombrilla con puño vuetito, que por lo fuertemente que está plegada, parece un bastón.

Al andar se asemejan á los agentes de bolsa en la rapidez de sus movimientos, y si dan la mano, lo hacen con la efusión propia de quien necesita pedir prestados cinco duros y comienza por lisongear á la víctima.

A muchas de estas señoras las trato con respeto profundo, porque siempre temo que me suelten una bofetada ó quieran abusar de mi natural candor.

Cuando me he visto en la necesidad de saludarlas en el teatro, en vez de ofrecerles una yema ó un caramelo, les he ofrecido un puro. Otras veces, por preguntarles si les había gustado la comedia, les pregunté si les gustaban las rubias ó si querían jugar unas carambolas.

Si yo me hubiera casado con una mujer así, creería que por equivocación había dado mi mano de esposo á un escribiente de la Vicaría ó á un amigo de confianza.

Las carreras de caballos muy animadas, como de costumbre.

Suponiendo que la animación consista en ver correr á unos cuantos pencos que, como dice Vital Aza, parece que no han olido la cebada en toda su vida.

Un gran entusiasta, ó como si dijéramos, un amante de las caballerías, besó la otra tarde en la frente á uno de los caballos vencedores. La novia del joven hípico le arrojó un *bouquet* desde la tribuna, y la mamá del joven, llena de orgullo, gritaba con todas sus fuerzas:

—¡Es mi hijo!

La mayor parte de los espectadores creyeron que la buena señora aludía al penco vencedor, lo cual hubiera sido menos depresivo que el suponerla madre del joven entusiasta.

Nosotros hemos oído el siguiente diálogo:

—La cuadra de V. es la mejor, Condesa.

—En ello ciframos nuestro orgullo.

—¿Y no corren VV. hoy?

—Mi marido no ha querido correr por más que le he dicho... Ya sabe V. que estos días no tiene gusto para nada.

Un nuevo libro.

La casa editorial de Bueno y Compañía ha publicado elegantemente una pieza, una traducción de *Uana*, preciosa novela de Kraszewski.

Esta es la primera obra del famoso escritor polaco que se traduce al español y en mi ánimo—que diría cualquier clásico cursi—puedo asegurar que este Kraszewski es un polaco de órdago.

Lástima que no pueda decir lo mismo del traductor, que no será polaco, pero que lo parece á juzgar por el descuido con que escribe nuestro hermoso idioma.

Y con esto no canso más.

LUIS TABOADA.

¡EH! ¡Á LA PLAZA!

¡Bendito sea el primero
á quien le ocurrió la idea
de hacer la primera plaza
de toros en nuestra tierra!
¡Benditos sean los hombres
que tienen sangre torera!
¡y bendita una y mil veces
tan extraordinaria fiesta!
Lector, eres de los míos!
¡Claro que sí! Pues ¡papíera!
¡Vives en Madrid? ¡Me alegro!
¡Tienes billete? Pues ¡vete!
Vente conmigo hacia el Suizo.
que ya son las dos y media.

I

ANTES DE LA CORRIDA

¡Qué animación! ¡Qué alegría!
¡Qué cuestiones! ¡Qué reyertas!
¡Cuánto coche! ¡Cuánta gente!
¡Qué animada concurrencia!
¡Cuánto señorito chulo!
¡Cuánta chula en carretela!
¡Cuánto augurio de cogida!
¡Cuánta cogida de veras!
¡Cuánto ruido! ¡Cuántas voces!
¡Y cuántas mujeres bellas!
—(Pues no parece sino
que cuando hay toros, se quedan
enterradas en sus casas
todas las mujeres feas.)—
—¡Aquí! ¡A la Plaza! ¡Nos vamos!
¡Señorito, uno me queda!
—¡Paco!

—¿Qué? —¿Vienes?
—Aguarda,
que voy á tomar cerveza.
¿Gustas?
—¡Qué he de gustar yo
de bebidas extranjeras!
El hombre que va á los toros,
es necesario que sepa
lo que ha de beber. ¡entendese!
porque si no se marca
y no sabe distinguir
si una vara está bien puesta,
y en la corrida es preciso
tener mucha inteligencia.
—Pues te convidó á unas copas
de aguardiente!

—¡Eso varas!
Tratándose de aguardiente,
dame todo lo que quieras.
A estas horas me he bebido
yo solo un par de botellas.
y, ya lo ves, ¡tan campanero!
Conque, ¡andando á la taberna!
Voy á llenar esta bota
de vino de Valdepeñas
¡y tirársela al Gallito
aunque le rompa la cresta.

—Gracias á Dios que por fin
te encuentro.

—Chico, dispensa.
En vez de almorzar en casa
me fui á almorzar á la Venta,
y luego fui al apartado.

—¿Tú solo?
—¡Qué! ¡no! ¡Con ella!

¡Qué bichos los de esta tarde!
—Buenos, ¿eh?

—¡Son de primeral
El que menos, de seguro
que tiene nueve ó diez hierbas.

—¡Muchas hierbas me parecen!
—¡No son toros, son seis fieras!
¡Hay una herencia en negro
más fino y con unas velas!

—Pues y otro alburdo!... ¡Chico!
¡Qué corrida nos espera!
—¡Lo aseguras?

—¡Ya lo creo!
—Perdona que no te crea;
pues con los toros sucede
igual que con las comedias.

Algunas que en los ensayos
parecen buenas, muy buenas,

en cuanto se alza el telón
el público las revienta.
—Yo no entiendo de teatros;
pero de toros... ¡Gacela!
Hace seis años que estoy
abonado á una barrera;
soy muy amigo del Carro
y Frascuelo me ¡tutca,
cosque, ¡figúrate tú
si entenderé en la material!
¡Vienes? Aquí está mi coche.
¡Juan! ¡Arrima.

—¡Vamos!
—¡Entrá!

—Conde, vaya usted con Dios.
—A los pies de usted, Marquesa.

—De toros, eh?
—¡Pues es claro!
—Faltar yo? ¡Qué se dijera!

—¿Y el Marqués?
—Está de cama.
—¿Grave?

—Apreensiones... ¡pamemas.
Creo que es algo del hígado.
—En fin, ni lo sé siquiera!
—Pues voy á verle.

—¡Sí, sí!
Vaya usted; no se detenga.
El infeliz pecesita
que le distraigan...

—Marquesa...
—Abur, Conde, hasta después.

—¡Adiós, que usted se divierta!
—¡Amigo Pérez!

—¿Qué pasa?
—Pues, que estoy en la miseria.

—¿Qué me han dejado cesante?
—¡A mi suegro con tercianas!
—¡Con pulmonía á mi suegra!

—¿Al niño mayor con tifus?
—Y al pequeño con viruelas!
—Pues, hijo, ni un hospital.

—¡Ay, Pérez! ¡Si tú supieras!
—Vamos, toma, y que se alivie!
—Muchas gracias, ¡Tres pesetas!

Voy á tomar un tendido.
—¡Oh, amistad! ¡Bendita seas!

—¿Qué te quedas?
—¡Aquí! ¡Suba usted! ¡Uno falta!

—¡Chico, aguarda! ¡Micael!
—¡Antonio!

—¿Dónde me meto?
—¡Súbase usted á la banqueta!

—¡Chico, sube aquí conmigo!
—¡Ay, no! ¡Que me da vergüenza!

—¡Anda, y no seas tonta!
—¡No,
que van á verme las piernas!

—Señora, suba usted pronto,
que me marcho.

—¿Que te quedas?
—¡Ya voya. ¡Ay, Jesús! ¡Qué altura!

—¡Cállate!
—¡Si el coche vuelca!

—Señora, no tema usted,
que está el hospital muy cerca.

—¡Ay, qué beute!
—Llevo ya
siete años de esta faena,
y este ómnibus no ha volcado
más que diez veces.

—(¡Frótera!)
—¡Cocheero, que se hace tarde!

—¡Aquí! ¡Uno falta! ¡Que venga!
—Pero hombre, ¡otro todavía!

—Eso ya no se tolera!
—¡Aquí ya no caben más!
—¡Que llamen á la pareja!
—¡Si sube otro, nos bajamos!

—¿Qué abusos!
—¿Qué desvergüenza!
—¡Señores, no incomodarse!

—¡Vamos, hombre! ¡Arrea! ¡Arrea!
—¡Anda!... ¡Zagalá!... ¡Zagalá!...
—¡Lechuguinal!... ¡Coronela!...

—¿Qué le y venir de carreras!
Entre ríms y blasfemias

II
por la calle de Alcalá
bajan... suben... corren... vuelan
los ómnibus y tranvías
y landás y jardineras
y berlinas y simones
y cartanas y macorrelas...

—¿Que piquen al empresario!
—¿Que lo maten!—¿Que lo prendan!

III

DESPUÉS DE LA CORRIDA

Pues señor, la corridita
ha sido mala de veras.
—¿Qué toros y qué toreros!
—¿Qué presidente y qué empresa!
—¿Qué lidial ¡ni un solo lance!
—¿Ni una cogida siquiera!
—Le quita á uno la afición
una corrida como esta.
—Yo no vuelvo... ¡hasta la próxima!
—¡La próxima será buena!

VITAL AZA.

HISTORIA DE UN TORO

CONTADA POR EL MISMO

Paseábame yo una tarde con la escopeta al hombro, por los alrededores del cerro de los Angeles, y entretenido en perseguir un gazapillo, no caí en la cuenta de que la noche se me venía encima envuelta en un espeso velo de rasgados nubarrones. Perdoné la vida al gazapillo, y apreté el paso en dirección al vecino pueblo de Getafe, donde había de pernoctar.

Aunque por aquellos contornos no suele haber discípulos de José María, sin embargo, en previsión de lo que pudiera ocurrirme, llevaba la escopeta preparada y el oído alerta. Apenas habría andado doscientos pasos, cuando á la derecha del tortuoso camino que conduce al citado pueblo, sentí un ruido extraño que me hizo recoger el aliento y ponerme en guardia. «¿Quién va?» grité dirigiendo la escopeta hacia el sitio de donde el ruido salía. «Soy yo: nada temas», me contestó una voz aterradora semejante al bramido de una fiera, y al mismo tiempo ví que se atravesaba en el camino una enorme semoviente que me impedía continuar. La sangre se me heló en las venas; la escopeta se me cayó de las manos disparándose al dar en el suelo, y yo estuve á punto de dar en el suelo como mi escopeta, aunque sin dispararme á correr, porque las piernas se negaban á ello: tal era el pánico que se apoderó de mí. «Tranquilízate», me dijo el monstruo acercándose, «y mirame despacio. Soy un pobre viejo destinado á la labranza de estos campos.—¿Será posible?—Sí, amigo mío, me dijo procurando suavizar la voz, aunque sin conseguirlo. «¿Eres un buey?» le pregunté, algo repuesto del susto. «Ya lo ves», me contestó enseñándome los cuernos. «¿Y te hablas como una persona?» añadí mirándole estupefacto. «¿De qué te asombras?» me dijo. «¿De que hablo un cornupeto? ¿Acaso no vives en la corte? ¿No has visto nunca á mis semejantes pasear por la Carrera de San Jerónimo, sin que nadie les tenga miedo?—Es verdad», añadió: «no me acordaba.»

«Séntate, pues», me dijo el ruminante, «y escucha mi historia, que quizá pueda servirte de enseñanza.» Atónito, y sin darme cuenta de lo que me pasaba, me senté en el suelo y el animal habló de esta manera:

«Nací de honesta vaca en la famosa ganadería del Excelentísimo Sr. Duque de Veragua. Mi noble amo, adivinando sin duda mis instintos, me bautizó con el nombre de Guerrero. Poco tiempo tardó en convencerse de que no se había equivocado. La mejor prueba de mis alientos consistía en ser míos.

Mi noble y cariñoso padre, buen mozo, berrendo en colorado, botinero, capirote, ojo de perdiz, corni-velato, bragado, y no sé cuántas cosas más, me predicaba la templanza, la castidad, la humildad, y otra porción de virtudes necesarias á corregir otros tantos vicios que se habían apoderado de mí. Mi madre lloraba; yo me divertía, y mi triste padre murió de pesadumbre sin alcanzar los honores de la plaza pública; noble, humano y patriótico fin, á que nacen sujetos todos los individuos de mi valiente raza.

Llegó por fin la época de echarme á las vacas, y esta fué la más dichosa de mi vida; pero también la que me ha condecido á este estado lastimoso en que me veo.

Pasaron rápidas las hierbas de mi felicidad, y un día mi amo al tomarme la filiación, dijo: «Este no sirve para toro de plaza. Le buscaremos otro destino.» Y diciendo y haciendo, ordenó al mayoral que me incluyera en el escalafón de los escogidos para las novilladas en los pueblos.

¡Oh vergüenza! Yo confundido con los miserables y cobardes! ¡Yo destinado á servir de diversión á los rufianes de una aldea! ¡Yo, el Tenorio de la ganadería, llevando el renombra

ESTILOS DEPOETAS



NÚÑEZ DE ARCE

Y si en la quebrantada el viento zumba;
al romperse en el muro del castillo
parece que penetra en una tumba.



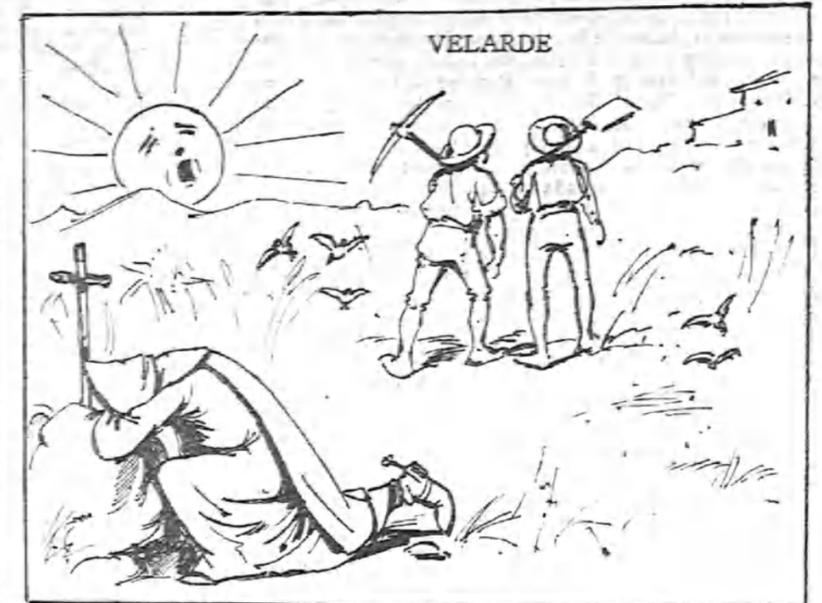
CAMPOAMOR

Tú que eres un chiquillo de la escuela;
no sabes lo que dice
el pájaro que vuela, cuando vuela.



ZORRILLA

Un rato más dulce que miel de la abeja
en breves momentos los dos gozarán;
corra ¡volaba! la amante pareja
en bazos del fiero potente huracán.



VELARDE

Saludan los pitirrojos
al sol que se despereza,
va el labriego á sus fastrojos
y ante humilde cruz de hinojos
el fraile humillado reza.



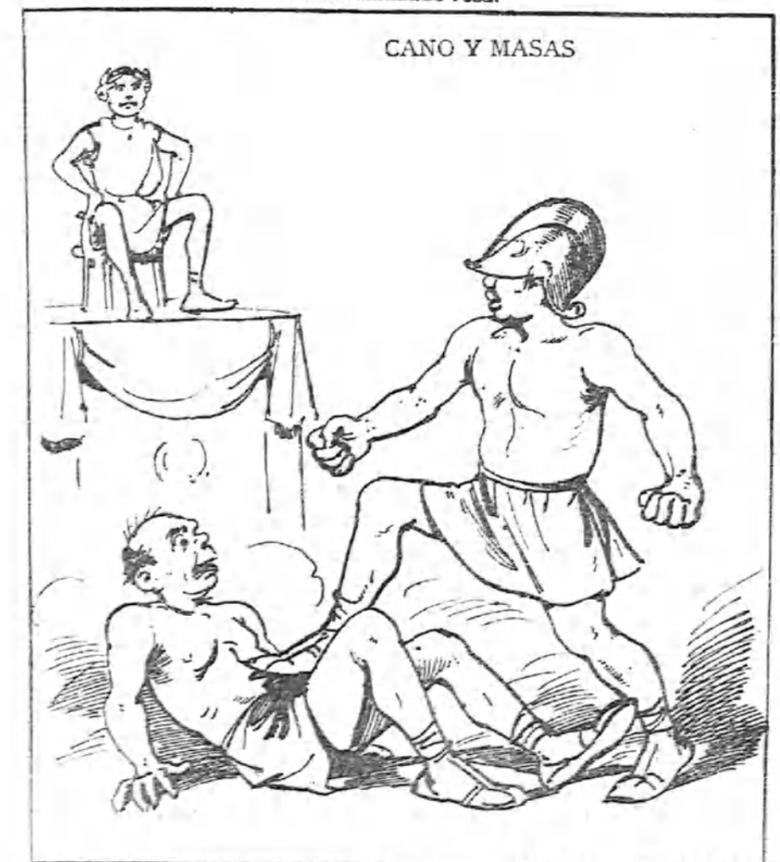
ZAPATA

Cayó el hacha, golpe ronco,
saltó la cabeza fría,
y parece que decía
en sangre tinta:—¡Adios, tronco!



ECHEGARAY

Cuatro pliegos he escrito
con la sangre de la herida;
la historia he concluído
¡y se me marcha la vida!



CANO Y MASAS

Si se divierte así la impía Roma,
¡¡con su pan se lo coma!

de Guerrero! ¡Yo, el ídolo de las vacas, el terror de los toros, y el consuelo de los mañosos! ¡Yo, medir con mis muchos pies la desigual plaza de un pueblo saliendo del improvisado toril al desentonado clamor de la gaita, y aguijoneado por un bárbaro que cambia la rústica esteva del trabajo por la noble garrocha, que, á imitación de aquel Rodrigo de Vivar empuñan los Melones, los Chuchis, los Bailas y los Agujetas! ¡Yo, que soñaba con la gloria de presentarme en el circo taurino matritense, saliendo del oscuro chiquero á recibir los rayos del sol canicular, rizada levemente por las juguetonas auras vespertinas la blanca y encarnada divisa que ostenta la popular ganadería de mi noble amo! ¡Yo, que esperaba por mi ilustre abuelo morir á manos del Salvador (no del Salvador de los hombres), sino del Salvador de los picadores, que también son paquidermos que me presentaran la batalla! ¡Yo el bicho más valiente que ha pastado en los campos de la Torrecilla, acabar mi gloriosa carrera insultado, escarnecido y apaleado bajo la estúpida presidencia de un alcalde de monterilla!

¡Oh, mi ilustre y respetable amo! ¿Qué mal te hizo este humilde siervo de tu inmenso poder para que á tan vergonzosos lugares le destines? ¡Oh, mis vacas! ¡Oh, mis dulcísimas y amadas concubinas! ¡Oh, mis chotos, hijos de mi corazón, que libáis juguetones el sabroso néctar que manan los henchidos odres de vuestras tiernas madres! ¿Qué será de vosotros en lo porvenir? ¿Os estará reservado el oprobio como á vuestro desventurado padre?

Al llegar aquí, el anciano buey bajó la cabeza tristemente, y sus mal reprimidos sollozos hicieron brotar de mis párpados lágrimas de compasión. Después de una pausa, continuó su interesante relato:

«La causa, amigo mío —me dijo,—de que mi amo me destinara á las corridas de los pueblos, no era otra que la de haberseme puesto el ojo derecho un sí es no es nublado, á consecuencia de una pedrada que me soltó un vaquero por una travessurilla amorosa propia de mi ardor juvenil.

Llegó por fin el día terrible para mí: era el 15 de agosto. En Leganés se celebraba la función de la Virgen, y había novillos. Diez y nueve compañeros y yo nos pusimos en marcha, custodiados por cuatro vaqueros y muchos aficionados, siendo uno de los primeros el bárbaro que me había estropeado el ojo. ¡Ah, yo me vengaré de ti!—exclamé para mis adentros, y así lo hice.

Poco antes de entrar en el pueblo (serían las tres de la madrugada), fuíme quedando rezagado apesar de los gritos y chasquidos de aquellos desenfundados matachines, y al ver que mi mortal enemigo se dirigía á mí lanza en ristre para herirme á traición y fuera de cacho, me arranqué á él con todas mis fuerzas y di en tierra con caballo y jinete. ¡Qué placer! ¡Qué momentos aquellos de sabrosa venganza! Desprecié la jaca que se revolcaba en el suelo herida mortalmente, y saqué mis iras en el hombre que tanto daño me había hecho. Lo cogí por la faja; lo tiré tres veces al alto; lo recibí en la cuna, y pasándomele de un cuerno á otro, y jugándole como rueda de barquillero, le arrojé á mis pies y salté por encima de su cadáver.

La vehemencia con que el cabestro contaba este sangriento episodio de su vida, me hizo estremecer. Hubo otra pausa que me sirvió para sobreponerme al espanto, y él prosiguió luego de la misma manera.

RICARDO DE LA VEGA.

(Se continuará.)

LOCOS DESEOS

A INÉS

Quisiera ser la rosa que llevas en tu pecho, y dar á tu hermosura mi aroma en galardón, para dormir medido en tan hermoso lecho, cubriendo los latidos que da tu corazón.

Quisiera ser un silfo, y allá en noche callada á visitar iría tu rico camarín, para dormir al dulce calor de tu mirada, para admirar de cerca tus labios de carmín.

Quisiera ser ¡oh Nise! el rayo de la luna que con las ondas juega, allá en noche estival, para mirar mi imagen quebrada en la laguna cuando la tuya copie su límpido cristal.

Quisiera ser la brisa que juega con tus rizos; quisiera con mis dedos sus trenchas separar; quisiera ser la sombra que oculta tus hechizos á los ardientes rayos del sol canicular.

Mas ¡ay! si fuera rosa, quizá desde tu pecho iría por tu mano al pecho de un rival, y allí me moriría de rabia y de despecho, marchita al fuego oculto de mi pasión fatal.

Si fuera silfo errante, que allá en noche callada buscase por asilo tu rico camarín, acaso descubriera de tu alma enamorada algún sueño de amores, de mi esperanza fin.

Acaso, si yo fuera el rayo de la luna, alguna cita amante llegara á sorprender, y al contemplar mi imagen quebrada en la laguna, la de un rival pudiera junto á la tuya ver.

Si fuera yo la brisa que juega con tus rizos, acaso á ti llevara suspiros de otro amor; si sombra protectora que guarda tus hechizos, quizá de otros amores sería protector.

No quiero, pues, mudarme: las cosas deseadas me dieran mayor pena; siga yo siendo, Inés, tu joven escribiente de rentas estancadas con ciento veinticinco pesetas cada mes.

JOSÉ ESTREMERÁ.

DIFICULTADES

Breve el pulso, cara fosca, lívido como un cadáver, aunque me taches de mósta, en una cuartilla tosca te escribo con lápiz Faber, que estoy á estas fechas avergonzado de hacer la rosa.

Perdóname, Bonifacio, que repita y que machaque, pero soy tan indolente y tan pío y tan realista, que habiendo ocasión y espacio no hay quien del tema me saque.

Y á propósito del tema Tengo encima tal herrumbre, que si Dios no me da firma reviento como una chinché á no ser que coja y trinche al que la sangre me quemé.

Ya sabes que habla el ganso tras la de Pérez, la rabia, sin sosiego ni descanso aguantando humilde y manso heladas, calor y lluvia.

Es su talle tan esbelto y además tiene una labia, que me dejaron en Babia y allí no estoy porque he vuelto

con una rabia ¡qué rabia! ¡ni á tres tirones la suelta! Me ha dado un trago ¡qué trago! se hace muecas la de Pérez con un alférez, un vago!... ¡O me desloma, ó deshago de un puñetazo al alférez!

¡Me quejé! Se hace la sorda y me entretiene con farragos cuando la cuestión se aborda ó se arma la gresca gorda y me echa á freir espárragos ¡Fíese usted en estampas!

¡Qué extraño es que yo me ofusque si niña para hacer trampas no hay otra, aunque se la busque de la Siberia á las Pampas?

Es el estado muy burdo y es difícil el negocio... pensar que yo admita socio para amar es un absurdo!

Comprende, pues, Bonifacio por qué aprovecho este espacio en una cuartilla tosca, y escribo con cara fosca, lívido como un cadáver, que estoy á estas fechas avergonzado de hacer la rosa.

SIXESIO DELGADO.

ESPECTÁCULOS

LARA: ¡A la vicaria!—La Baronesita.—ALHAMBRA: La cuestión de África.

El matrimonio Segovia-Romero ha tenido buena suerte. El beneficio de la simpática actriz ha sido uno de los más brillantes que se han verificado en el Teatro Lara desde su fundación hasta la fecha. Me refiero á la concurrencia, por ahora. De los estrenos me voy á ocupar inmediatamente.

El primero, ¡A la vicaria! es un juguete cómico original de D.^a Sofía Romero, que por lo visto tiene felices disposiciones para todas las artes. No es esto decir que su primera obra sea una cosa acabada; al contrario, se nota en ella el candor teatral de los principiantes y todos los demás defectos inherentes; pero allí se ve algo además de una versificación fluida y fácil.

Si la Sra. Romero continúa cultivando el género, no me cabe la menor duda de que llegará á aventajar á algunos que pasan por autores de categoría.

El segundo estreno, otro juguete cómico-lírico, letra de Rocaberti y música de Romea y Valverde, gustó también, y lo mereció en justicia. Tiene situaciones bien preparadas, gracia fina y versificación correcta. Tiene su autor bien sentada su reputación, y este juguete no ha desmerecido de ella. Los números de música, que se repitieron todos, son muy agradables, y hay entre ellos una habanera muy bonita.

Quedó, pues, demostrado el mérito de la beneficiada y el gran talento de la Sra. Valverde. Aquella noche me convencí de que es la mejor actriz de España. ¡Así, como suena!

Otra obra nueva en la Alhambra. Y digo nueva, no porque lo sea, según dicen, sino porque así se ha anunciado en los carteles.

Titúlase la comedia *La cuestión de Africa* y tiene por objeto demostrar que los hombres públicos suelen abandonar demasiado el hogar doméstico y se exponen, por consiguiente, á que en él ocurran averías de mal género.

El asunto, como se ve, es trillado hasta la saciedad.

El autor, D. Mariano Barranco, cuyo donaire para escribir juguetes en un acto es sobradamente conocido, no ha podido vencer las dificultades de los tres actos. Así resulta el primero interesante y gracioso, y los dos restantes pesados é inútiles. El tercero, especialmente, decae de una manera lastimosa. Y es, que por mucho que se estire el asunto, según queda preparado en la exposición, no da de sí lo suficiente.

Respecto á la cuestión de dar por original una obra traducida ó arreglada, no es cosa de meterse en honduras. Si el hecho es cierto, no está bien; eso salta á la vista.

En la representación se distinguieron la Sra. Tubau y el Sr. Sánchez Castilla, que interpretaron muy bien sus papeles.

Pero la que rayó á gran altura en el desempeño de su misión, fué la *claque*... ¡Qué ovación, Dios Santo! ¡Y qué manos de hierro tienen aquellos chicos! Dios se las conserve.

LUIS MIRANDA BORGE.

¡FIENSEN USTEDES!

I

Ella.—Pues, señor, es preciso que esto concluya.
Yo no he visto constancia como la suya.
¡Siempre detrás! ¡Dios mío, si esto es horrible!
¿Si pensará este tuco que soy posible?
Sabiendo, como sabe, que soy casada,
¿á qué viene ese empeño y esa bobada?
Y es muy guapo, no hay duda, muy distinguido.
¡Y me mira de un modo tan atrevido!
Pero ¿y el santo lazo del matrimonio?
¡Si estos hombres de hoy día son el demonio!
¡Si notara mi esposo, que es una fiera, que me andaban rondando de esta manera!...
Pero no, es imposible; jamás atina.
¡Como que está á estas horas en la oficina!

Él.—La mujer es preciosa y al fin va entrando.
¡Ya parece que mira de vez en cuando!
Ya no marcha en la calle con ligereza.
¡Lo que son las mujeres!
¡Así se empieza!
Nada, yo no desisto, porque preveo

que teniendo constancia... ¡pues ya lo creo!
¡Y que un hombre casado haga estas cosas!
¡La culpa tienen ellas!
¡Son tan hermosas!
Si mi mujer me viese!... Pero es tan buena, que se hallará á estas horas en la novena!

II

Sintiendo ambas las mismas inclinaciones y sumidos en estas meditaciones, tomando distraídos la misma acera, subieron por la calle de la Montera.
Ella, como acostumbra, iba delante,
y él detrás sin dejarla ni un solo instante.
Vendo así esta pareja tranquilamente, vino á chocar con otra frente por frente, que, según mis sospechas, se me figura que, como esta, buscaba cierta aventura.
Y en mi asombro al ver tantas complicaciones, escuché á la vez estas exclamaciones:
Ella.—¡Cielos, mi esposo! ¡me ha sorprendido!
Él.—¡Cristo, mi esposa! ¡pues me he lucido!...

FIACRO YRÁYZOZ.

ESCEPTICISMO

SONETO

La patria en que reposan las cenizas de nuestros ascendientes; la fe riega que ardía en Calderón, Lope de Vega y tantos otros en sus nobles lizas; la santa libertad, que ha de hacer trizas el oscuro bajel donde navega la torpe reacción; lo que se alegra para variar las líneas fronterizas; la eterna gloria póstuma del hombre; la ciencia filosófica alemana, que á muchos sabios concedió renombre; la política seria y puritana, y otras cosas, lector, aunque te asombre, son... pamplinas, y después... Manuela y Juana.

CUMERSINDO SÁNCHEZ.



Pues señor, esto es horrible.

Dos ó tres docenas de cartas hemos recibido esta semana reclamando números perdidos. Los suscriptores se incomodan con mucha razón, y esto acabará por perjudicarnos.

De esta Administración salen con puntualidad los ejemplares. Es, pues, seguro que se los comen en Correos.

Ya me canso de quejarme y no adelanto nada.

¡Ojalá caiga el señor Director general del ramo, y no lo vuelva á ser en toda su vida, que Dios guarde!

✱

«El doctor Taboada representará á España en el Congreso sanitario internacional que se ha de celebrar en Roma.»

Ya se sabe, en cuanto se aproxima el verano, ya está Taboada de viaje, con las dietas correspondientes.

¡Y comprendo lo de las dietas! ¡Son precauciones contra el cólera!

✱

Leo:

«¿Y estas cosas le parecen á *El Porvenir* atrocidades? Pues compare (¡Olé, salero!), y verá cómo teníamos razón al hacer ciertas afirmaciones...»

¡Ah, vamos! Yo creí que hablaba V. en flamenco.

✱

La rueda de la existencia te pintaré en un cantar: ganar un duro, gastarle, y no volverle á ganar.

✱

Hemos recibido algunos libros, de que no podemos dar cuenta por falta de espacio.

Ya lo haremos en el número próximo.

✱

—Sube el pan, y está la villa muy alarmada, José.

—¡Hombre, me alegro!

—¿Por qué?

—Porque vivo en la guardilla.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. C. M.—Escorial.—Recibido el álbum, acoso escriba. Sra. D.^a M. P.—Madrid.—Dispéñeme V., pero son malos. No están bien medidos siquiera.

Sr. D. L. L.—Huesca.—Suprimiendo aquello de linda, quedaría muy bien.

Sr. D. E. G.—Madrid.—Tiene intención y gracia, pero es algo incorrecta la forma.

Farcinas.—Cartagena.—No recuerdo su nombre. Dígame para servir la suscripción. No hay colecciones de la primera época; las de la segunda cuestan á ocho pesetas por año.

Naspe.—Madrid.—Digo lo mismo que en la segunda contestación.

Sr. D. L. R.—Cádiz.—¡Jesús que horriografía! *Aun* desde pequeño lo hasías mal.

Sr. D. R. B.—Madrid.—Flojos.

Sr. D. E. C.—Madrid.—Aquello resulta inocente.

Sr. D. R. V.—Valladolid.—No están mal, pero ¿por qué imita V. á Bécquer? Eso trae malas consecuencias.

Sr. D. R. F.—Salamanca.—Bien, pero han perdido la oportunidad.

Sr. D. F. V.—Valencia.—Gracias. No son de la índole del periódico.

Sr. D. J. de D.—Logroño.—Haga V. suya la contestación á Salamanca.

Sr. D. E. F.—Barcelona.—Animo y trabajar.

Sr. D. L. G.—Valladolid.—¿Por qué escribe V. tan se ño?

Sr. D. A. B.—Madrid.—V. si que es inocente! Y *tubo* no se escribe así ¿estamos? Se escribe con v. Para que vaya V. aprendiendo.

Sra. D.^a M. B.—Madrid.—Sigo dudando del sexo. Venga su verdadero nombre y publicaré el sonetito.

Sr. D. A. F.—Madrid.—Ambas cosas son muy viejas.

Sr. D. L. M.—Madrid.—Y esa también lo es.

Sr. D. H. N.—Zaragoza.—Mediano y serio además.

Sr. D. F. G.—Madrid.—No se devuelven los originales. ¡Perdón!

Sr. D. M. Z.—Jerez.—Pues señor, ande el movimiento. ¿Qué atrevido es V.!

Diógenes.—Madrid.—El pensamiento pase, pero la forma...

UN ARRANQUE



Pues señor, es una guasa
esto de ser encogido.
De hoy no pasa!
¡Como pase, la convidó!

ANUNCIOS

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Precios de suscripción

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.
Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.
Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

Precios de venta

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.
Las suscripciones empiezan el día 1.º de cada mes, y en provincias no se admiten por menos de seis meses.
No se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, Costanilla de los Ángeles, 7, pral.
DESPACHO, TODOS LOS DÍAS DE DIEZ A CUATRO

7, MAGDALENA, 7, ENTREBUERO

LA CONFIANZA

EN VEINTICUATRO PLAZOS SEMANALES

Trajes á medida, lencería, camas, colchones, colchas, mantas, mantones, muebles y otros muchos efectos. Todos los géneros son superiores, y precios baratísimos, á lo que debe esta casa el gran favor que el público la dispensa. En las ventas al contado precios sin rival.

MADRID POLÍTICO

REGALO A LOS SUSCRITORES
DEL

MADRID CÓMICO

NÚMERO SUYOS 15

AL POBRE DIABLO

14, DESENGÑO, 14

Casa especial en calzado de caballero por lo elegante en la forma, y por su mucha economía.

PEINETAS DE NOVEDAD
EN CELULOIDE

Es una pasta que sustituye ventajosamente á la concha, en color rubio ó jaspeado, con la inmensa ventaja de que son imrompibles. Gran surtido y variedad de dibujos, pudiéndose hacer toda clase de encargos, en las formas y tamaños que se pidan.

Perfumería de Pura, Carmen, 1

COMPañÍA COLONIAL
PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
CHOCOLATES

ACREDITADOS CAFÉS

26 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

Y PARA SU DIRECTOR

LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARIS DE 1878

TES.—TAPIOCA.—SAGU

BOMBONES FINOS DE PARIS

Depósito general..... Calle Mayor, 18 y 20

Sucursal..... Montera, 8

Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

ESTABLECIMIENTO LITOGRAFICO

DE

LUIS BRAVO Y PEÑARROCHA

Desengño, 14, y Carbón, 7 — MADRID

Este establecimiento se hacen toda clase de trabajos litográficos con rapidez y economía.